

VIII

Cuando hubo entrado en su cuarto Juan se arrojó sobre un diván, porque las penas y las preocupaciones que daban á su hermano ganas de correr y de huir influían de un modo muy diverso sobre aquella naturaleza soñolienta, quebrantándole las piernas y los brazos. Se sentía incapaz de ningún movimiento y no tenía fuerzas ni para irse á la cama, rendido de alma y cuerpo, destrozado y desolado. No estaba herido, como Pedro, en la pureza de su amor filial, en esa dignidad secreta que es la envoltura de los corazones altivos, sino abrumado por un golpe del destino que amenazaba

al mismo tiempo sus más caros intereses.

Cuando se tranquilizó su alma y recobró la calma, como el agua agitada y removida, examinó la situación que se le acababa de revelar. Si hubiera sabido de cualquier otro modo el secreto de su nacimiento, se hubiese indignado seguramente experimentando una profunda pena; pero después de su riña con su hermano, después de aquella delación violenta y brutal que agitó sus nervios, la emoción profunda de la confesión de su madre le encontró sin energía para rebelarse. El choque recibido por su sensibilidad había sido demasiado fuerte para arrastrar, en un enternecimiento irresistible, todas las preocupaciones y todas las santas susceptibilidades de la moral natural. Por otra parte, él no era un hombre de resistencia. No gustaba de luchar contra nadie y menos contra sí mismo;

se resignó, pues, y por una inclinación instintiva, por un amor innato al reposo, á la vida dulce y tranquila, se inquietó principalmente de las perturbaciones que iban á surgir y que no podían menos de alcanzarle. Las creía inevitables, y para contrarrestarlas se decidió á realizar esfuerzos sobrehumanos de energía y actividad. Era preciso que sin pérdida de tiempo, el día siguiente, se zanjase la dificultad, porque experimentaba por momentos esa necesidad imperiosa de soluciones inmediatas que constituye toda la fuerza de los débiles, incapaces de querer mucho tiempo. Su talento de abogado, predispuesto á desentrañar y estudiar las situaciones complicadas, las cuestiones íntimas de las familias perturbadas, descubrió inmediatamente todas las consecuencias probables del estado de alma de su hermano. A pesar suyo miraba estas consecuencias desde un punto de vis-

ta casi profesional, como si hubiera arreglado las relaciones futuras entre clientes, después de una catástrofe del orden moral. Seguramente un continuo contacto con Pedro se había hecho imposible. Él lo evitaría fácilmente permaneciendo en su casa, pero también era inadmisibles que su madre siguiera viviendo bajo el mismo techo que su hijo primogénito.

Y meditó largo tiempo, inmóvil sobre los almohadones, formando y desechando combinaciones, sin encontrar ninguna satisfactoria.

De pronto le asaltó esta idea: ¿Podía un hombre honrado conservar la fortuna que había recibido?

Desde luego se contestó: "No,, y se decidió á darla á los pobres. Esto era duro, pero tanto peor. Vendería su mobiliario y trabajaría, como trabajan todos los que empiezan. Adoptada esta resolución viril y dolorosa, se levantó y fué á apoyar la cabeza en

los cristales. Había sido pobre y volvería á serlo, y no por eso se moriría.

Sus ojos miraban el farol de gas que ardía delante de él, al otro lado de la calle, cuando viendo una mujer retrasada que pasaba á la acera pensó de repente en la señora de Rosemilly, sintió en el corazón el golpe de las profundas emociones nacidas de un pensamiento cruel. Todas las tristes consecuencias de su determinación le ocurrieron de pronto. Tendría que renunciar á casarse con aquella mujer, renunciar á la felicidad, renunciar á todo. ¿Podía proceder así cuando ya se había comprometido con ella? Ella le había aceptado rico y también le aceptaría pobre; ¿pero tenía él derecho para pedirla é imponerla este sacrificio?

Y en su alma, en que el egoísmo tomaba formas honradas, luchaban todos los intereses ocultos. Los primeros escrúpulos dejaban lugar á los ra-

zonamientos ingeniosos, luego reaparecían y volvían á desvanecerse.

Volvió á sentarse buscando un motivo decisivo, un pretexto poderoso para fijar sus vacilaciones y convencer su rectitud nativa. Veinte veces se había hecho esta pregunta: "Puesto que soy hijo de ese hombre, y lo sé y lo acepto, ¿no es natural que acepte también su herencia?" Pero este argumento no alcanzaba á destruir el "no," de su conciencia.

De repente pensó: "Puesto que no soy hijo de Roland, no puedo aceptar nada de él, ni vivo ni muerto. Esto no sería justo ni equitativo. Sería robar á mi hermano."

Este nuevo modo de ver le tranquilizó, calmando su conciencia, y volvió junto á la ventana.

"Sí, pensaba, es preciso que yo renuncie á la herencia de la familia, que se la deje íntegra á Pedro, toda vez que no soy hijo de su padre. Esto

es justo. Y entonces, ¿no lo es también que conserve el dinero del mío?

Habiendo reconocido que no podía aceptar la fortuna de Roland, se decidió á abandonarla íntegra y se resignó á conservar la de Marechal, porque renunciando á una y otra se encontraría reducido á la mendicidad.

Resuelto este asunto delicado volvió á la cuestión de la presencia de Pedro en la familia ¿Cómo apartarle? Ya desesperaba de encontrar una solución práctica, cuando el silbido de un vapor que entraba en el puerto pareció contestarle sugiriéndole una idea.

Entonces se tendió vestido en la cama y allí permaneció hasta el día.

A eso de las nueve salió para asegurarse de que la ejecución de su proyecto era posible. Después de algunas gestiones y visitas se dirigió á casa de sus padres. Su madre le esperaba encerrada en su cuarto.

Si no hubieras venido—le dijo—no me hubiese atrevido á bajar.

A poco se oyó á Roland gritar en la escalera.

—¿No se come hoy en esta casa?

Nadie contestó, y él siguió gritando:

—Josefina, ó demonio, ¿qué haces?

La voz de la criada contestó desde las profundidades del sótano:

—Aquí estoy, señor, ¿qué se ofrece?

—¿Dónde está la señora?

—Arriba con el señorito Juan.

Entonces, elevando la voz dijo:

—¡Luisa!

La señora de Roland entreabrió la puerta y contestó:

—¿Qué quieres?

—¿No se come hoy?

—Si por cierto. Ahora bajamos.

Y bajó seguida de Juan.

Roland exclamó al ver al joven:

—¡Hola! ¿te aburres ya en tu casa?

—No, pero tenía que hablar hoy con mamá.

Juan se adelantó con la mano abierta, y cuando el anciano le dió la suya experimentó una emoción extraña, semejante á la que produce una separación para siempre.

La señora de Roland preguntó:

—¿No ha llegado Pedro?

Su marido se encogió de hombros.

—No, pero tanto peor para él, siempre se retrasa. Empecemos sin él.

La madre se volvió hacia Juan.

—Debías ir á buscarlo—dijo;—le ofende que no se le espere.

—Sí, mamá, voy.

Y el joven salió y subió la escalera con la resolución febril de un cobarde que va á batirse.

Llamó á la puerta, y Pedro contestó:

—Adelante.

Entró.

El otro escribía inclinado sobre la mesa.

—Buenos días—dijo Juan.

Pedro se levantó.

—Buenos días.

Y se tendieron las manos como si no hubiera pasado nada.

—¿No bajas á almorzar?

—Es... que... tengo mucho que hacer.

La voz del mayor temblaba y su mirada ansiosa preguntaba á su hermano qué debía hacer.

—Te esperan.

—¡Ah! ¿Está abajo nuestra madre?

—Ella es quien me envía á buscarte.

—Entonces... voy.

Delante de la puerta de la sala dudó entrar el primero; por fin se resolvió á abrir, y vió á sus padres sentados á la mesa uno frente á otro.

Se acercó primero á ella sin levantar los ojos ni pronunciar una palabra y la presentó la frente para que le besara como hacía desde algún tiempo, en vez de besarla él en las

dos mejillas como antes. Adivinó que ella acercaba la boca, pero no sintió en la piel el contacto de los labios y se levantó con el corazón palpitante después de este simulacro de caricia.

Pedro se preguntaba: “¿Qué se dijeron cuando quedaron solos?”

Juan repetía: “mamá,, y “querida mamá,, se cuidaba de ella, la servía y le llenaba la copa. Entonces Pedro comprendió que habían llorado juntos, pero no pudo penetrar su pensamiento. ¿Juan creía culpable á su madre ó á su hermano un miserable?

Y todos los reproches que se había hecho por haber dejado escapar el horrible secreto le asaltaron de repente y le cerraban la boca, impidiéndole comer y hablar.

Sentía una imperiosa necesidad de huir, de dejar aquella casa que ya no era suya, aquellas gentes que sólo estaban unidas á él por lazos imperceptibles. Hubiera querido partir en el

acto á cualquier parte, comprendiendo que todo había concluído, que ya no podía permanecer entre ellos, que los atormentaría siempre á pesar suyo, nada más que con su presencia, y que ellos le harían sufrir sin cesar un suplicio insoportable.

Juan hablaba con Roland. Pedro ni le escuchaba ni le oía, pero creyó notar alguna intención en la voz de su hermano, y entonces prestó atención.

Juan decía:

—Parece que será el mejor barco de nuestra marina mercante. Dicen que su porte es de seis mil quinientas toneladas y hará su primer viaje el mes que viene.

Roland se admiraba.

—¡Ya! Yo creía que no podría navegar en todo el verano.

—Han dado gran impulso á los trabajos. Yo he pasado la mañana en las oficinas de la Compañía y he ha-

blado con uno de los administradores.

—¿Con cuál?

—Con el señor Marchand, el amigo particular del presidente del Consejo de administración.

—¿Le conoces?

—Sí, y tenía que pedirle un pequeño favor.

—Entonces harás que yo vea despacio la *Lorena* en cuanto esté en el puerto, ¿no es verdad?

—Seguramente: es cosa sumamente fácil.

Juan parecía vacilar, buscar las palabras y perseguir una transición que no encontraba.

—Lo cierto es—dijo—que se lleva una vida muy aceptable á bordo de esos grandes transatlánticos. Se pasa más de la mitad del tiempo en tierra, en grandes ciudades como Nueva York y el Havre, y lo demás en el mar, con personas de buen trato. Se pueden hacer relaciones muy agra-